

## **I Sección: De revuelta y revolución**

### **LA PRODUCCIÓN DE CACAO EN MATINA Y LA REBELIÓN DE LOS INDÍGENAS URINAMAS (COSTA RICA 1650-1690)**

Juan Carlos Solórzano F.

**Recibido: 1 de marzo de 2012**

**Aceptado: 27 de abril de 2012**

#### **RESUMEN**

Este artículo analiza los inicios de la producción de cacao en la región del Caribe Central de Costa Rica a partir de 1650 y los esfuerzos de los españoles por controlar la población indígena del territorio de "Tierra Adentro" colindante con Talamanca y habitado por la etnia de los indígenas urinamas. Se detallan los intentos de los frailes franciscanos por fundar pueblos de reducción con la intención de emplear sus pobladores como mano de obra en las plantaciones de cacao de Matina. Posteriormente se estudian las rebeliones y huida de los indígenas hacia las partes altas de las montañas con la intención de escapar de la explotación a que fueron sometidos en los centros de producción de cacao. Finalmente los productores de cacao recurrieron al empleo de mano de obra esclava de procedencia africana que les suministraron los holandeses e ingleses.

Palabras claves: Historia, Comercio, cacao, frailes misioneros  
History, commerce, cacao, missionary friars

This article analyzes the beginnings of cacao production in the Central Caribbean region of Costa Rica, starting in 1650. The intention of the Spaniards was to force the Indians to work in the Matina cacao plantations. To control the Indian labor force, the Franciscan friars went to the Indian territories and tried to transfer the Urinama Indians to new founded reduction villages. There, the Indians were to receive Christian indoctrination and sent to work for the cacao groves owners. But the Indians revolted and fled to the neighboring high mountains. Finally the cacao plantations were worked by African slaves acquired from merchants from Holland and England.

#### **Antecedentes**

La colonización del territorio de Costa Rica fue muy tardía respecto de la implantación de los colonizadores hispánicos en el resto de Centroamérica.

La conquista del interior del país se inició a partir de 1561, luego de que fracasaran numerosas tentativas de iniciar la dominación del país a partir de las costas del Caribe.

Desde que Cristóbal Colón desembarcó en una isla situada frente al actual Puerto Limón, en 1502, los españoles elaboraron numerosos proyectos orientados a la conquista de los territorios del Caribe sur, considerados poseedores de yacimientos auríferos. De allí derivó precisamente el nombre actual del país, por la supuesta riqueza de dicha costa.

Los indígenas opusieron una fiera resistencia a los intentos hispánicos por implantarse en esos territorios y expulsaron una y otra vez a los conquistadores que trataron de fundar poblaciones en las costas caribeñas.

Establecido en 1562 un núcleo de colonización en el interior del país (la ciudad de Cartago), los españoles no abandonaron su idea de someter la región costera del Caribe sur. En 1577 una gran expedición fue organizada en Cartago, con la intención de someter a los pueblos indígenas de esta región y fundar un asentamiento en la región de Bocas del Toro, en el extremo sud-oriental de la Gobernación de Costa Rica y hoy día parte del territorio de la República de Panamá. Sin embargo el proyecto fracasó, en parte debido a tenaz oposición de los indígenas.

Entonces, los españoles se contentaron con afianzar su dominio sobre la región central del país: el Valle Central, con su capital Cartago, ubicada en la sección oriental de dicho valle. La pequeña élite forjó su modesta fortuna mediante la exportación de artículos que obtenían de los pueblos de indios por medio del tributo, que enviaban hacia la ciudad de Panamá en el Pacífico y Portobelo en el Caribe e igualmente por algún intercambio con Nicaragua.

Hacia 1600, las epidemias que se propagaron con el arribo de los españoles, habían provocado la muerte de la mayor parte de los indígenas tributarios en el interior del país. En esas circunstancias, los colonos españoles se plantearon nuevamente intentar dominar los territorios del sureste de Costa Rica, reputado por sus riquezas, por su concentración de población indígena, a pesar de las dificultades de tal empresa, dada la abrupta geografía de esa zona de densos bosques tropicales húmedos donde alternan valles y montañas irrigadas por gran número de corrientes fluviales (Ruz, 1991, p,71) .

En 1605 una expedición militar partió de la ciudad de Cartago rumbo al Caribe, logrando los españoles establecer un núcleo de colonización a orillas del río Tarire (Sixaola), al que llamaron Santiago de Talamanca. Algunos de los grupos locales fueron sometidos pues la región se hallaba habitada por diversas etnias, entre las que sobresalían los teribes, terbis o térrabas; los dorasques o doraces; los chánguena; los siguas o mexicanos; los bribris o viceítas y cabécares; los aoyaques y los urinamas.(Ruz, 1991, p.71)

Con el trabajo de los indígenas reducidos, los nuevos colonos iniciaron el desarrollo de actividades económicas: cría de ganado vacuno y porcino, así como algunos cultivos. Se pensó ya en la producción de cacao, pues en esos años se mencionaba que un individuo, Felipe Monge tenía una hacienda de cacao en Doyabe, cerca del río Tarire (Sixaola) y que disponía de los indígenas del pueblo de Xicagua como trabajadores. Como afirma el investigador Russell Lohse, es probable que éste español, así como otros simplemente se apoderaron de plantíos que poseían los indígenas (Lohse, 2010, p.79).

Debido a su cercanía con la costa, los vecinos del nuevo asentamiento exportaron los productos que obtenían con el trabajo de los indígenas

empleando para ello el río Tarire (Sixaola), cuya desembocadura se utilizó como puerto, el cual quedaba a relativamente corta distancia del importantísimo puerto español de Portobelo, en el Caribe de Panamá. También establecieron vínculos comerciales con Cartagena.

El trato que recibieron los indígenas fue brutal pues incluía los azotes y la corta de orejas cuando se resistían a cumplir con las extenuantes jornadas de trabajo a las que eran obligados. Fue así como, cinco años más tarde los indígenas se rebelaron. Bajo la dirección de un líder autóctono, Guaycorá, se produjo el ataque sorpresivo sobre el pequeño asentamiento español, que fue incendiado, siendo los colonos forzados a abandonar definitivamente la región del Caribe sur.

Los españoles nunca perdieron las esperanzas de controlar otra vez esa región, ni olvidaron que allí abundaba el cacao. Tanto en 1617 como en 1649, se mencionó el interés por conquistar nuevamente Talamanca, aduciéndose que allí abundaba el cacao (Lohse, 2010, p.79). Aunque también los españoles entraban a la región con la intención de capturar indígenas para trasladarlos forzosamente hacia Cartago. Como resultado hubo diversas rebeliones como la ocurrida en Tariaca en 1615; otra en 1616 y una más en 1618 en Aoyaque.

### **El desarrollo de la producción de cacao en Matina a partir de 1650**

En Centroamérica la producción y exportación de cacao databa de mediados del siglo XVI; fue a comienzos de la década de 1570 cuando se alcanzó un clímax en la producción de este fruto en la provincia de Izalcos, en el extremo occidental del actual El Salvador, producto que era exportado principalmente hacia México (Mac Leod, 1973, pp 80-95) . Sin embargo, en la década de 1620, el cacao centroamericano cayó en franco declive cuando nuevas áreas en el Imperio Español se integraron a la producción y el comercio, como Venezuela, pero principalmente Guayaquil en el Ecuador actual, todo lo cual contribuyó a que los precios del cacao se derrumbaran. Sin embargo, al tiempo que el mercado mexicano comenzó a saturarse y, por tanto, a descender los precios del producto, se abrieron nuevas posibilidades para la exportación del cacao hacia otros mercados situados en Europa.

Aunque fue con la intención de restablecer el comercio entre Costa Rica y los puertos comerciales de Portobelo en Panamá y secundariamente Cartagena, que se inició la producción cacaotera en la región del Caribe de Costa Rica, a mediados del siglo XVII, muy pronto el producto fue acaparado primero por los holandeses y luego por los ingleses, que lo llevaron a Europa.

El incentivo para el desarrollo de la producción de cacao en Matina fue el éxito que este producto había tenido en las costas de Maracaibo y Caracas. Ambas regiones, desde los comienzos del siglo XVII, iniciaron su producción para exportarlo hacia México. El cacao venezolano fue muy apreciado porque era menos amargo que el de Guayaquil.

En el transcurso del siglo XVII, un territorio de unos 35.000 km.2 ubicado en la franja norte de la actual Venezuela, se convirtió en el más importante centro cacaotero de América. Pero no fue el mercado mexicano el que favoreció la expansión del cultivo del cacao en la fachada Atlántica de Venezuela, pues en esos mismos años los europeos comenzaron a consumir el chocolate. Aunque la bebida había sido introducida en España desde el

siglo XVI, no fue sino hasta entrado el siglo XVII que se popularizó en otros países europeos.

Se considera que un viajero italiano lo trajo de España a Italia en 1606, donde su consumo se expandió rápidamente. De Italia fue llevado poco después a Alemania, Austria y Suiza.

La oportunidad de exportar el cacao hacia Europa se abrió cuando los holandeses se apoderaron de la zona cercana al río Esequibo en 1616 y la del río Berbice en 1624 (hoy día en Guyana). Allí permanecerían hasta que fueron obligados a entregar ambos territorios a los ingleses.

Establecido su control en los territorios mencionados, los holandeses se interesaron crecientemente por establecer vínculos comerciales con los colonos españoles del Caribe, así como extender su dominio en la región. En 1621 fundaron La Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, con la que comenzaron una agresiva ofensiva militar y comercial, que culminó con su dominio de la isla de Curazao en 1634.

La isla se convirtió rápidamente en un importante centro comercial que introducía mercancías en los puertos españoles de América, a la vez que centro receptor de los productos agrícolas y ganaderos que producían los colonos españoles asentados en la región del Caribe.

Los colonos hispanoamericanos estaban muy interesados en entablar relaciones comerciales con los holandeses, con el fin de obtener mercancías que los españoles ofrecían escasamente y a precios onerosos. Fue así como ya en la década de 1640 los holandeses habían logrado penetrar los mercados americanos. De Venezuela obtenían especialmente cacao. El éxito holandés en romper el monopolio hispánico incentivó también a ingleses, franceses y daneses para apoderarse de otras islas en el Caribe. Sin embargo, antes de la Segunda Guerra Anglo-Holandesa de 1665-67, que volcaría la balanza a favor de los ingleses en el Caribe, los holandeses fueron los principales promotores del comercio en la región. Sus conocimientos en técnicas agrícolas, medios de transporte y mecanismos financieros superaban a los de los otros europeos.

Willemstad, la capital de Curazao fue al principio una base militar, pero rápidamente se convirtió en un importante centro comercial como depósito primero y como intermediario después. Desde su establecimiento, los holandeses iniciaron el comercio con las colonias hispanoamericanas del Caribe y por supuesto, el cacao de Caracas y Maracaibo pasó a ser uno de los más importantes productos adquiridos por los holandeses. Por su parte, éstos suministraban productos manufacturados, como paños, terciopelos, lanas, ropa de lino, encajes, porcelana, sombreros, pólvora, acero, artículos de ferretería, jamones, chorizo, bacalao, salmón, quesos de Flandes y especias.

En la red comercial que los holandeses establecieron en Curazao, fue de fundamental importancia la colonia judía-sefardí asentada en la isla. Estos judíos eran de origen español y –gracias a su dominio del castellano– resultaron esenciales para establecer tratos comerciales con los españoles de América. Estos sefardíes también fueron importantes después de la conquista de Jamaica por los ingleses en 1655.

Los recién llegados a Jamaica, anticipaban que sus riquezas iban a provenir principalmente del cacao. Y, aunque fue el azúcar el producto que terminó finalmente por imponerse, todavía en la década de 1670 el cacao era

uno de los principales productos que la isla enviaba hacia Inglaterra (Lohse, 2010,p.3).

Muchos de los judíos sefardíes establecidos en Jamaica provenían de Amsterdam, por lo que conocían de los negocios mercantiles con los colonos hispanoamericanos y por ello incentivaron la expansión de la producción de cacao en Venezuela.

Sin embargo, en la década de 1630 una plaga había destruido cerca de la mitad de los árboles de cacao situados en las costas de Venezuela y, en 1641, un terremoto destruyó en la ciudad de Caracas las edificaciones con cuya renta se financiaba la producción cacaotera y la adquisición de la mano de obra esclava empleada en las plantaciones.

La creciente demanda del cacao en los mercados abiertos por la presencia de los holandeses sefardíes instalados en Curazao primero y más tarde en Jamaica, se convirtió en el aliciente para que los gobernadores de la provincia de Costa Rica se interesaron nuevamente en el desarrollo del cultivo de cacao en la región del Caribe del país, donde, como lo mencionaba un informe escrito en 1610, abundaba este fruto, al que se le calificaba como *“de lo mejor del reino en cantidad y calidad”*. (Fernández, 1975, p. 148).

Entonces, desde mediados del siglo XVII, los gobernadores de Costa Rica comenzaron a promover activamente tanto el cultivo del cacao como la conquista de Talamanca. Se buscaba proveer a la colonia con un producto de exportación valioso e igualmente asegurarse una nueva fuente de mano de obra (Lohse, 2010,p.60).

Desde Cartago, varios vecinos liderados por los gobernadores, iniciaron así el desarrollo de plantaciones de cacao en la costa del Caribe central, en Portete (Punta Blanca) y en las márgenes de los ríos Matina y Moín, adonde se podía llegar luego de un viaje en mula de ocho días desde Cartago.

En 1650, el gobernador don Juan Fernández de Salinas y la Cerda se propuso reconquistar el territorio de Talamanca. Su proyecto era establecer un puerto en la costa del Caribe y conquistar Talamanca, con la intención de emplear la mano de obra indígena en el desarrollo de la producción de cacao a orillas de los ríos Matina y Barbilla. Sin embargo, durante su administración sólo se logró restablecer la ruta mulera entre Cartago y el puerto por él fundado, que denominó puerto de Suerre (Lohse,2010, p.60).

Su sucesor, Andrés Arias Maldonado organizó varias expediciones con el fin de someter a los indígenas de Talamanca y cumplir con los objetivos que se había propuesto su antecesor. Cuando muere en 1661, le sucede interinamente su hijo Rodrigo Arias Maldonado del que se menciona que vendió una plantación de cacao que perteneció a su padre y que constaba de 230 árboles de cacao en producción. También se dedicó a desarrollar sus propias haciendas de cacao y realizó varias expediciones hacia Talamanca, con la intención de congrega a los indígenas en pueblos de reducción. En 1662, había cinco pueblos de reducción en la región: Teotique, San Mateo de Chirripó (cabecera donde habitaba un fraile), San Salvador, Güisirí y San Bartolomé de Duqueiba. Allí se encontraban indígenas de varias etnias, entre éstas la *urinama*, quizás una rama de los *cabécares* (Lohse, 2010, p.60).

En 1666, una gavilla de filibusteros desembarcó en Portete, pasó luego a Matina y continuó después hacia el poblado indígena de Turrialba. Entonces, los indígenas urinamas decidieron alertar a los españoles y

apoyarlos en su defensa contra esta invasión pirata. En Cartago, se presentó ante el gobernador un numeroso grupo de guerreros indígenas *urinamas* procedentes de Talamanca; la documentación recoge el nombre de uno de sus líderes, Esteban Yapirí, quien ya había sido bautizado por los frailes misioneros. Manifestaron estar dispuestos a aliarse con los españoles con el fin de combatir a los piratas. También aceptaron congregarse en los pueblos de reducción que fundaron los frailes. Durante el ataque de los piratas, se produjeron daños en las haciendas cacaoteras. Sin embargo, dos años después la producción parece haber tomado auge nuevamente (Idem).

Los documentos indican que indígenas *pocociés*, *chirripoes*, *tariacas*, *teotiques*, así como *urinamas* fueron afincados en los pueblos de misión pertenecientes a la doctrina o parroquia de la región de *Tierra Adentro*, que se extendía desde el paraje denominado Tayutic o Teotique, entre los ríos Tuis y Chirripó, hasta las riberas del río Tarire. También esos pueblos de misión quedaron bajo la jurisdicción del Corregimiento de San Mateo de Chirripó. En realidad, la región de Tierra Adentro se convirtió en una especie de zona de frontera entre los territorios bajo control de los colonos afincados en el Valle Central, con sus pueblos de indios sujetos al dominio hispánico, y la región de Talamanca, habitada por indígenas insumisos al poder español, desde la gran rebelión ocurrida en 1610 (Barrantes, 1985, p.27).

La doctrina de Chirripó se integró con las cuatro parcialidades de Teotique (cerca de Tuís), San Mateo de Chirripó (en la quebrada de Sibuvu), San Salvador (fundado en 1640) y Güisirí en el paso del río Pacuare (Barrantes, 1985, p.43).

En el censo de cacaotales, elaborado por las Autoridades de la Audiencia de Guatemala en 1675, se contabilizaron un total de 200.000 árboles de cacao. A partir de esos años, la exportación de cacao pasó a constituir la principal fuente de ingresos de la provincia de Costa Rica (Lohse, 2010, p.61).

Los indígenas *urinamas*, que habitaban en las cercanías del río Tarire proveyeron la más importante fuerza de trabajo en las haciendas de cacao. Los gobernadores enviaron a los frailes franciscanos para que por su intermediación, los indígenas recibieran lo que denominaban “regalos”: instrumentos agrícolas como hachas y machetes e igualmente alguna ropa, terneros y perros. De esta forma se ganaron los misioneros su confianza, por lo que algunos aceptaron fijarse en los pueblos de reducción que empezaron a establecer los españoles en la zona.

En 1675, fray Juan de Matamoros reunió en los pueblos de misión de Cururú (Curure) y Conamarí (Conamara), 112 indígenas, quienes fueron bautizados y aceptaron el cristianismo. El más importante fue el de San Bartolomé de Urinama, quizás el mismo anteriormente llamado San Bartolomé de Duqueiba. Algunos indígenas fueron llevados permanentemente a las áreas de siembra del cacao, en tanto a otros se les trasladaba periódicamente, durante la cosecha. Provenían algunos de los territorios situados entre los ríos Tarire y Tilorio y otros propiamente de Talamanca (Fernández, 1975, p.85)

Ese mismo año, un Visitador General, enviado por la Audiencia de Guatemala a la ciudad de Cartago, don Antonio de Noboa Salgado, prohibió que españoles, mestizos y mulatos entraran en los pueblos de misión donde habían sido concentrados los *urinamas*, a menos que contaran con el

permiso del gobernador y sólo si iban “con buenos propósitos”. Pero como el gobernador se beneficiaba personalmente con el trabajo de los indígenas en las haciendas cacaoteras, las levas forzosas continuaron. Quizás por esa razón, los indígenas *urinamas* se prestaron para servir de guías cuando, en junio de 1676, un grupo de enemigos entró en piraguas por el río Matina y por la playa de Moín, apoderándose del Valle de Matina. Aunque no sabemos si lo hicieron de manera forzada (Fernández, 1886, p.362).

Los indígenas eran obligados a mantener en buenas condiciones el camino mulero que unía la ciudad de Cartago con la región de Matina, donde se concentraba el mayor número de haciendas cacaoteras e igualmente a transportar los zurriones de cacao hacia la ciudad de Cartago y hasta las embarcaciones que llegaban al puerto de Suerre. También debían mantener en buenas condiciones una serie de ranchos ubicados en el camino hacia Cartago, que servían de albergue a los viajeros al término de cada jornada de viaje (Lohse, 2010, p. 63).

De esta manera, desde mediados del siglo XVII, se inició el “ciclo cacaotero” en la región del Caribe central de Costa Rica, el cual se mantuvo hasta fines del siglo XVIII. Gracias a la exportación de este producto, Costa Rica estableció enlaces comerciales con los comerciantes de Curazao primero y de Jamaica después, de cuyas islas se importaban mercancías de diverso tipo.

### **La rebelión de los indígenas *urinamas* y el fin del empleo de mano de obra indígena en las haciendas cacaoteras de Matina**

Los indígenas de los pueblos de misión pronto empezaron a desertar de los pueblos fundados por los frailes franciscanos y finalmente se declararon en franca rebeldía en el año de 1678.

Un testigo de la situación en que se encontraban los indígenas, dio el siguiente testimonio:

*“[los] indios como están tan escarmentados y horrorizados con los trabajos y esclavitud que experimentan, en oyendo esta voz, ‘teniente’, huyen todos y se malogra y pierde todo lo trabajado por los ministros misioneros. Y dando esta noticia a los que no han salido (aunque lo deseen) con el temor del teniente y esclavitud...”* (Fernández, 1975, p. 130).

Los rebeldes *urinamas* cercaron el pueblo de San Mateo de Chirripó. A raíz de estos ataques muchos de los pueblos de misión quedaron casi desiertos y llevó al abandono de la región por parte de los frailes franciscanos observantes, quienes hasta ese momento habían tenido a cargo la labor misional en la provincia de Costa Rica.

La respuesta de los principales propietarios de haciendas de cacao fue organizar una expedición militar, la que salió de Cartago al mando de don Antonio Salmón Pacheco, un inmigrante recientemente llegado a Costa Rica, pero que poseía una hacienda con más de cuatro mil árboles de cacao. El castigo a los rebeldes sirvió de justificación para la esclavización de los indígenas (Lohse, 2010, p.63).

Un informe del año de 1685 señalaba que los *urinamas* no estaban “*todos reducidos*” y que cada medio año se sacaban algunos “*para el beneficio de las haciendas de cacao que los vecinos de Cartago tienen en la costa del Mar del Norte*”. Se señalaba que “*se les paga su trabajo con*

*herramientas como hachas, machetes y flechas y alguna ropa de la tierra por no querer recibir plata corriente*". (Consultado en Archivo General de Indias, Sección Contaduría, N° 815, folios 1-4v. (1685).

La documentación indica que el cacao lo intercambiaban posteriormente con indígenas de otras etnias, a cambio de diversos artículos (Fernández, 1886, p.370).

En 1689 un nuevo grupo de franciscanos inició el relevo en la labor misional. Se denominaban "franciscanos recoletos". A Cartago llegaron hacia ese año los dos primeros, Antonio Margil de Jesús y Melchor López. Para esta fecha, el único grupo indígena en contacto con los españoles era el de los urinamas del alto Telire. (Fernández, 1886, p.421) Para los españoles este territorio era bastante accesible, pues podían ingresar hasta allí con sus cabalgaduras. Más allá, en dirección a los valles centrales de Talamanca, era muy difícil ingresar a caballo. Por ello, en los años finales del siglo XVII, a Urinama se le consideraba como la llave de entrada a Talamanca.

Los frailes Margil y López salieron de Cartago acompañados de un franciscano observante, fray Sebastián de las Alas. Llegados al pueblo de indios de Atirro, se internaron en los territorios de Chirripó y Urinama, donde escribieron un primer reporte dirigido al presidente de la Audiencia de Guatemala. En éste, incluían la petición de que se pusiera fin de inmediato al empleo de los indígenas urinamas en las haciendas de Cartago y Matina, donde afirmaron, recibían un trato de esclavos.

La primera labor realizada por los frailes en Urinama, fue, como escribieron, la de ir erigiendo capillas a partir de esta población. Informaron que en:

*"un radio de un día de jornada a partir de Urinama, erigieron iglesias y reunieron a los indígenas en comunidades. También empezaron a abrir caminos, puesto que los senderos que conducían hacia el interior habían sido cubiertos por una maleza tan espesa que parecía como si tales caminos nunca hubiesen existido"* (Ríos, 1959, p.31).

En San Mateo de Chirripó, donde se encontraba una pequeña guarnición de soldados, permaneció el fraile Sebastián de las Alas, en tanto que Margil y López, acompañados por una escolta de soldados, ingresaron en la región de Talamanca. Los frailes habían traído algunos ejemplares de ganado vacuno y porcino que distribuyeron a los indígenas, junto con machetes, telas y otras mercancías. De esta manera lograron ganarse momentáneamente su confianza (Ríos, 1959, pp 50-51). Si los indígenas aceptaban ser bautizados, era por la ventaja de recibir los objetos mencionados. Pero los propios caciques desconfiaban de los frailes a quienes consideraban como espías de los españoles.

Poco después, el obispo de Nicaragua designó dos frailes más para que colaboraran en la evangelización de los indígenas de Talamanca. Estos fueron los padres fray Pablo de Otárola y fray Diego de Macotella. Los cinco frailes, concentraron sus actividades entre los indígenas que habitaban los territorios aledaños a los ríos Tarire, Ararí, Urén y Terbi. De acuerdo con el testimonio de los frailes, los indígenas vivían en poblaciones compuestas de: *"...algunos ranchos que llaman palenques constando cada uno de estos [poblados] de trescientas personas, poco más o menos, que se congregan todos los de la familia de aquél linaje, sin permitirse se mezcle uno con otro"* (Prado, 1983, p.71).

Como los frailes habían extendido su radio de acción hacia el sur, comenzando a evangelizar a indígenas de otras etnias, los hacendados ampliaron igualmente sus exigencias de mano de obra a estos otros grupos de indígenas. Por ello, pronto los frailes fueron atacados por los indígenas de la etnia de los teribes (Reverte, 1966, pp. 72-73). También aumentó la deserción de los indígenas que los misioneros habían atraído hacia los pueblos de misión. Una carta del fraile Sebastián de las Alas a fray Diego Macotela, fechada en 1689, señalaba que los pueblos de Güisirí y San Salvador, del partido de *Urinama*, se encontraban prácticamente despoblados pues los indígenas habían huido como consecuencia de su traslado forzoso hacia Matina (Fernández, 1907, p.502).

En febrero de 1690, fray Diego de Macotela, jefe de la orden provincial de los franciscanos de Nicaragua y Costa Rica, solicitó a la Audiencia de Guatemala que prohibiera tajantemente que los indígenas *urinama* fueran a trabajar a las haciendas cacaoteras de Matina donde, decía, éstos eran tratados como esclavos.

Nuevamente, el presidente de la Audiencia de Guatemala prohibió que “*de los pueblos de San Francisco de Curure, San Bartolomé de Conamara y Santa Catarina de Amea [se saquen indios] para Matina por ninguna razón*”. Aunque se amenazó con graves penas y la pérdida de la propiedad a los infractores, la disposición fue apelada ante la Audiencia por Manuel de Farinas, a nombre de don Antonio Salmón Pacheco, propietario de cacahuatales y “*conquistador de los urinamas*” (Lohse, 2010, p.64).

Farinas alegó que sin el trabajo de los indígenas en las haciendas, éstas se extinguirían y aniquilarían, por lo que solicitaba que éstos pudieran “*bajar a dicho valle para el dicho beneficio de dichas haciendas de cacao*” (“Testimonio de autos sobre las misiones de Talamanca en que entienden los Religiosos de el Señor San Francisco en la Provincia de Costarrica.” Archivo General de Indias, Sección Audiencia de Guatemala, N° 297, folios 3-27 (1690).

Alegaba también que, gracias al trabajo en las haciendas, los indígenas disponían de dinero para el pago de los tributos a la Corona. Fue así como la Audiencia trató de llegar a un compromiso entre ambas posiciones, permitiendo que los indígenas que “*voluntariamente quisieran trabajar en las haciendas*” pudieran hacerlo (Lohse, 2010, p.64).

No obstante, continuaron los ataques de los *urinama* a los misioneros y sus escoltas de soldados. También se sumaron a estas hostilidades los indígenas de la etnia de los chánguenas, quienes habitaban territorios hoy día pertenecientes a la República de Panamá.

Los frailes salieron entonces del territorio de Costa Rica en 1691 y se trasladaron a la Verapaz (en Guatemala) donde igualmente enfrentaron la resistencia de los manchés y más tarde la de los lacandones en Chiapas (Ruz, 1991, p.79).

Las autoridades civiles y eclesiásticas solicitaron nuevamente apoyo financiero a la Audiencia de Guatemala, para que subvencionase los gastos de una compañía de soldados en la región de Tierra Adentro y Talamanca (Archivo General de Indias, Sección Audiencia de Guatemala, N° 964, folios 2-3 (1787). Esta petición no fue aprobada, pues el presidente de la Audiencia de Guatemala consideró que tal apoyo militar, solo serviría para aumentar el traslado de indígenas de Talamanca hacia las plantaciones de cacao en

Matina. Además, en esos años los esfuerzos financieros de la Audiencia estaban concentrados en el intento de conquista de los itzaes, en el este de Guatemala.

Igualmente, una serie de epidemias se propagó entre las poblaciones indígenas del Valle Central de Costa Rica en las décadas de 1680 y 1690. Aunque los efectos de estas epidemias en la región del Caribe Sur no están bien documentadas, Russell Lohse considera que las enfermedades afectaron a las poblaciones indígenas de esta región y fue consecuencia de qué, como escribiera fray Pablo de Rebullida en 1698 y 1699, los indígenas temieron que los misioneros fueran los causantes de las plagas. Entonces se incrementó su resistencia a la evangelización y se produjo la fuga masiva de los pueblos que los frailes trabajosamente habían logrado formar. Muchos se trasladaron a las cumbres montañosas, donde levantaron empalizadas para protegerse de las agresiones externas (Lohse, 2010, p.64).

## Conclusiones y Epílogo

Después de la resistencia y huida de los indígenas de los pueblos de reducción que los frailes misioneros con dificultades habían logrado establecer durante la segunda mitad del siglo XVII, los propietarios de las haciendas de cacao recurrieron a una nueva fuente de mano de obra: los esclavos de origen africano, que los propios holandeses e ingleses comenzaron a suministrar a cambio del cacao. Aunque los *urinamas* habían proveído la principal mano de obra para las haciendas en esos años, nunca fueron los únicos trabajadores empleados en éstas: esclavos de ascendencia africana, indios de otras etnias y aún españoles habían trabajado en el cultivo de este fruto.

De acuerdo con Russell Lohse, la transición hacia el empleo de mano de obra esclava de origen africano fue un proceso gradual que se produjo a lo largo de décadas, pero al final la mayoría de los hacendados prefirió el empleo de esclavos quizás porque los trabajadores de origen africano tenían mayor resistencia al clima que era considerado maligno para la gente de piel blanca. La región era descrita como extremadamente caliente, húmeda y con lluvias constantes. Se afirmaba que quienes escapaban con vida luego de permanecer en ese lugar perdían el color y contraían una especie de palidez en sus caras, que nunca los abandonaba. Probablemente ya había llegado la malaria (*Plasmodium faciparum* o *Plasmodium vivax*), enfermedades ante las que los pueblos de ascendencia africana mostraban mayor resistencia que las de origen europeo o americano (Lohse, 2010, p. 64).

En cuanto a los franciscanos misioneros, aunque los observantes se retiraron a fines de la década de 1680, un nuevo grupo de misioneros franciscanos, los recoletos, tomaron el relevo de la evangelización en el territorio del Caribe sur de Costa Rica, pero éstos también se retiraron hacia 1691.

Las autoridades de Guatemala continuaron considerando potencialmente peligrosa la existencia de gran número de tribus indígenas no sujetas al dominio hispánico en muchos territorios de la Audiencia de Guatemala, pues pensaron que podían caer bajo la hegemonía de los enemigos de España, como efectivamente había ocurrido con la etnia de los *misquitos*, habitantes de las costas del Caribe entre Honduras y Nicaragua,

quienes se habían aliado con los ingleses desde la década de 1660 (Floyd, 1990, p.46).

Reunidos el Capitán General con los frailes en la ciudad capital, se trazó el plan de evangelización misional para toda Centroamérica: los dominicos llevarían a cabo su misión en territorios de Verapaz y Petén; los observantes franciscanos en la región de San Pedro Sula-Yoro, en Honduras y áreas de Matagalpa y Chontales de Nicaragua; los recoletos quedaron asignados a Talamanca, dada la escasez de franciscanos observantes en Cartago, así como en los únicos pueblos de reducción que mantuvieron en el sur de Costa Rica (Peralta, 1898, p.287).

En realidad, la acción misional fue débil y de corta duración, con excepción de Costa Rica, donde los recoletos recibieron apoyo especial debido al temor de una invasión extranjera (Floyd, 1990, p.47). Aquí, los frailes recoletos pretendieron fundar nuevos pueblos de reducción, reforzar algunos cuya población había disminuido, así como trasladar otros indígenas de Talamanca hacia pueblos situados en la vertiente del Pacífico. Luego de un retiro momentáneo de los primeros recoletos en 1691, otro grupo de frailes, encabezados por Pablo de Rebullida y Francisco de San Joseph lograron establecer más de una docena de pueblos en la región de Talamanca, hasta que, en septiembre de 1709, estalló una nueva sublevación que confederó a los todos los indígenas del Caribe sur de Costa Rica (Ruz, 1991 pp. 84-85). Pero este tema queda ya fuera de los alcances de este artículo.

## **Bibliografía**

Archivo General de Indias, Sección Audiencia de Guatemala, N° 297, folios 3-27 (1690).

“Testimonio de autos sobre las misiones de Talamanca en que entienden los Religiosos de el Señor San Francisco en la Provincia de Costarrica.”

Archivo General de Indias, Sección Audiencia de Guatemala, N° 964, folios 2-3 (1787)

Barrantes, Claudio (1985) “Los caminos de Pablo Presbere en la época colonial”, en: *Comisión Nacional de Nomenclatura: Relación de Actividades*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

Fernández, León (1886) Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica (CDHCR), Paris, Imprenta Pablo Dupont, 1886, tomo V, p. 362.

Fernández, León (1975) *Historia de Costa Rica durante la dominación española*. San José: Editorial Costa Rica, 2a. edición, p. 130.

Fernández Guardia, Ricardo ( 1975) *Reseña Histórica de Talamanca* San Jose:Editorial Costa Rica (3ª edición)

Floyd, Troy S. (1990) *La Mosquitia: un conflicto de imperios*, Tegucigalpa: Centro Editorial.

Lohse, Russell (2010) "Cacao and Slavery in Matina, Costa Rica 1650-1750", en: *Blacks and blackness in Central America: Between Race and Place* (Lowell Gudmundson & Justin Wolfe editores), Duke University Press, 2010, p. 59.

MacLeod, Murdo J. (1973) *Spanish Central America: A Socioeconomic History 1520-1720*. California: University of California Press.

MacLeod, Phillip S. (1996) "Auge y estancamiento de la producción de cacao en Costa Rica 1660-95", en: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Universidad de Costa Rica, 22(1)

De Peralta, Manuel María(1898) *Costa Rica y Costa de Mosquitos*, Paris: Imprenta General de Lahure.

Prado, Eladio (1983) *La Orden franciscana*, San José: Editorial Costa Rica.

Reverte, José M. (1966) *Los indios teribes de Panamá*, en: XXXVII Congreso Internacional de Americanistas. pp. 72-73.

Ríos, Eduardo Enrique (1959) *Life of fray Antonio Margil*, Washington D. C.: Academy of American Franciscan History.

Ruz, Mario Humberto "Melodías para el tigre. Pablo de Rebullida y los indios de Talamanca, 1694-1709", en: *Revista de Historia* (Universidad Nacional y Universidad de Costa Rica), (enero-junio 1991), No. 23, p. 71.